

Empero se sentía embarazado al ir á formular contra estos dos hombres acusaciones sin pruebas, así se limitó á censurar el conjunto de su conducta política ó en hacer resaltar hechos que eran de notoriedad pública, tales como las palabras proferidas por Talleyrand con motivo de la guerra de España. En un Consejo compuesto de ministros y de grandes dignatarios, reprochó á Fouché sus miramientos calculados con los antiguos partidos, el poco vigor de su administración, la dirección casi sediciosa que imprimía al espíritu público, porque, á fuerza de triunfar en el arte de engañar á los pueblos, Napoleón había acabado por considerar la opinión como una fuerza de la que los gobiernos pueden arreglar á su gusto los movimientos. La opinión era á sus ojos una especie de valor en circulación que debía fabricarse en la Prefectura de policía. Esta administración disponiendo en efecto, sobre toda la superficie del imperio de las noticias interiores y extranjeras, de las reseñas de toda especie, de los periódicos que servían para propagarlas, teniendo el poder soberano no solamente de alterar los hechos, sino de inventarlos en caso de necesidad, la opinión, que no es otra cosa que la resultante de todos estos medios de información reunidos, no podía ser sino una elaboración de la policía. Este raciocinio era de los más correctos, pero suponía además una cosa esencial, esto era la fe del público á los elementos de apreciación que se le trasmitían; ahora bien, esta fe estaba ya muy quebrantada.

La tormenta en su mayor grado de intensidad cayó sobre Talleyrand. Desde que se le había tan extrañamente encargado «de la honorable misión de rodear de placeres y de vigilancia» á los príncipes españoles destronados, el gran chambelán juzgaba más y más severamente este negocio de España al cual se encontraba para siempre asociado á despecho de él por el papel más vergonzoso. A todas estas razones, para desaprobando una empresa, cuya locura sublevaba su buen sentido, sino su moralidad, habían venido á juntarse las desgracias personales que venían á propósito para encarnar un espíritu sensible al ridículo. Según un rumor entonces muy acreditado en París, si Talleyrand no había aceptado sino á despecho suyo la misión de distraer los huéspedes de Valençay, Mme. Talleyrand lo había tomado á empeño y había secundado las intenciones del emperador, llegando mucho más allá de lo que deseara su esposo. Este rumor, verdadero ó falso, no podía contribuir á reconciliar á Talleyrand con planes que no había aprobado sino con la punta de los labios y, según el uso, se

había vengado de su desventura con algunas de estas ocurrencias embelesadoras, en las cuales, el ingenio no era sino una gracia agregada á la razón. Napoleón le interrogó violentamente sobre sus dichos y demás censuras que se le atribuía; le recordó, exagerándole la parte que había tomado en las negociaciones con Izquierdo, y le echó en cara haber osado reprobar la ejecución del duque de Enghien después de haberla aconsejado. Llegó hasta acusarle de *habérsela aconsejado por escrito*. No se tiene sobre esta escena famosa, otro testimonio que los recuerdos recogidos en las conversaciones del duque Gaeta, lo que es muy insuficiente para hacer autoridad. Han, pues, alegado con muy poca razón esta conversación, como una prueba sin réplica de la complicidad de Talleyrand en la muerte del duque de Enghien, porque no está igualmente establecido que lo que se da por dicho se hubiera en realidad pronunciado. A suponer que Talleyrand hubiese jugado en esta circunstancia un papel que era contrario á la vez á su carácter y á sus intereses, no era tan novicio para dejar una contestación por escrito; y si un tal escrito hubiese existido, Napoleón no era hombre para desprenderse de él.

Aún cuando las palabras atribuidas á Napoleón hubieran sido realmente pronunciadas, no constituirían sino un testimonio de muy poco valor, si se considera que la menor protesta de Talleyrand le habría perdido irremisiblemente y sin aprovechar en nada su justificación. ¿Qué defensa le era posible en efecto contra el hombre á quien acusaba? ¿Delante qué tribunal le habría podido emplazar por calumnia? Sabía al contrario, todos los peligros que podía crearle una simple negativa. Era necesario, para desafiarlos, un valor de que los más intrépidos generales de Napoleón se mostrarían bien raramente capaces. Talleyrand calló. Recibió, sin replicar una palabra y con esta impasibilidad fría que era su manera de tener dignidad, esta explosión de reproches, mezclados de amenazas y de expresiones insultantes. Imperturbable, atento á no dar ningún motivo á la cólera de su poderoso adversario, estudiaba cómo evitar el peligro sin buscar medio de discutir con él, como el hombre en lucha con un elemento, y él le dominaba de toda la altura de su calma. Cuando éste concluyó, se inclinó profundamente y salió. Napoleón, que hubiera encontrado gusto en castigarle en este momento, experimentó una especie de imposibilidad moral en hacerlo con ventaja á consecuencia de una escena que había consternado á todos los que de ella habían sido

testigos. Se contentó con retirar á Talleyrand la llave de gran chambelán para dársela á M. de Montesquieu, pero el eminente diplomático, no guardó por esto menos su cargo de vice-gran elector. Disimuló su despecho bajo las apariencias de una perfecta cortesía, manifestando no haber conservado ningún recuerdo de los ultrajes de que había sido objeto, y se presentó de nuevo en las Tullerías en una actitud sumisa, pero igualmente lejos de la humillación que del servilismo, como si tuviera el sentimiento de que la corte no podía existir sin él, como si fuera un gran-dignatario por nacimiento, indispensable al país sino al emperador.

Fouché guardó sus funciones de ministro de policía en donde no era fácil de reemplazar á este hombre precioso. Tenía sobre sus concurrentes más jóvenes, la ventaja de haber vendido todos los partidos desde el año 1793, y principiaba á meditar el añadir una venta más á sus estados de servicio. En revancha, la impetuosa imperial cayó sobre una mujer que pertenecía á la vez al nuevo régimen por sus funciones en la corte, y al antiguo por su familia. Mme. de Chevreuse había escapado una vez del destierro, gracias á la intervención entonces muy poderosa de Talleyrand, ahora fué envuelta en la desgracia de su protector y recibió la orden de desterrarse á cuarenta leguas de París. Se la acusaba de algunos epigramas femeninos y de haberse negado á ocupar las funciones de dama de honor de la en otro tiempo reina de España: «Que los Luyes se den por avisados, exclamó á este propósito el emperador. Si me excitan la cólera, haré revisar la confiscación de los bienes del mariscal de Ancre, y no faltarán herederos para reclamar sus despojos.» En cuanto á Murat, protegido por la distancia, sufrió en su consecuencia ya muy debilitada la cólera del amo. Champagny recibió la orden de reprenderle, con motivo de las condecoraciones de las Dos-Sicilias que se había permitido distribuir á los franceses sin la autorización del emperador: «lo que era *soberanamente ridículo*. El ministro debió mandarle al mismo tiempo á este soberano la orden de despedir inmediatamente para Francia á los hombres que había alistado.

Después de esta satisfacción dada al mal humor, á los resentimientos, al orgullo ofendido, era urgente prepararse á esta guerra que se había hecho inevitable. Aún en el caso, en efecto, de que Napoleón hubiera deseado sinceramente prevenirla, lo que no era así, era ya tarde después de las demostraciones provocativas que venían á llenar la medida de los agravios antiguos ó recientes del gabi-

nete de Viena. La circular dirigida por el emperador á los príncipes de la Confederación del Rhin, era una de estas amenazas directas, ante las cuales una autoridad no puede ceder sin perder toda influencia y todo prestigio. Esta amenaza debía ser particularmente sensible á Austria, por lo mismo que era el último eslabón de una cadena, de una larga serie de humillaciones, y que la corte de Viena no había hecho nada para merecerlas. Había, es verdad, continuado sin ruido sus armamentos, á fin de poner, como ya lo había alegado con razón, derecho y necesidad, su estado militar en relación con el de sus vecinos, pero no había traspasado el límite de sus privilegios de poder independiente; no se le podía reprochar ningún nuevo paso que pudiese motivar el escándalo de los manifiestos de Valladolid. Napoleón mismo, veíase ahora obligado á convenir con sus confidentes, en la falsedad de sus acusaciones: «Austria, escribía á Eugenio desde los primeros momentos de su regreso á París, *no hace movimiento alguno como se había creído*; es necesario, sin embargo, estar alerta.» «Como se había creído,» quería decir: como había supuesto para tener el pretexto de abandonar la España. Mas, fundada ó no, la provocación se había lanzado y era necesario sostenerla; necesitábase sobre todo, arrojar sobre Austria la apariencia de las primeras provocaciones, y en esto Napoleón sobresalía.

Apenas hay lugar común histórico más repetido que el que consiste en imputar «á la loca agresión de Austria» la responsabilidad de la guerra de 1809; y, sin embargo, apenas lo hay más insostenible y más falso. El emperador Napoleón sabía á maravilla que, para los espíritus incapaces de discernir,—lo que forma la inmensa mayoría aún entre aquellas que se llaman gentes de ingenio,—es el que tira siempre el primer tiro el autor de la ruptura. Así no descuidó nada para acreditar este tema de las provocaciones austriacas. Sus arreglos diplomáticos con el emperador Alejandro tuvieron sobre todo por fin probar que quería evitar la guerra; pero en este momento él lo había ya hecho imposible de evitar; y se puede decir con toda verdad que jamás gobierno alguno ha sido impulsado por una necesidad más inexorable que el gabinete de Viena en 1809. No se examina de ordinario en esta ocasión sino las argucias más ó menos sutiles, que fueron cambiadas en las notas diplomáticas de última hora; esto es rebajar el debate á proporciones pueriles. La necesidad de la guerra de 1809 no salió de improvisto del choque de dos rivalidades; re-

monta á la paz de Presburgo, á esta época en que, por un indigno abuso de la victoria, Napoleon había, contra el parecer de sus consejeros más prudentes, tomado de un solo golpe al Austria cuatro de sus provincias y un cuarto de su población.

¿Después de este tratado inicuo é imprevisor que imponía al Austria como una condición de salvación y una ley de su existencia accechar la hora de una revancha, Napoleon había debido por lo menos ensayar de ganar por buenos procederes la amistad de

este poder? Había completado su ruína obligando por las amenazas poco disimuladas á entrar en el bloqueo continental. Había pregonado en Tilsit la intención de excluirla de todos los grandes hechos europeos. El que no habría sufrido que Austria tocase un pueblecillo del Danubio, él había, sin consultarla, dispuesto sucesivamente de Prusia, Portugal, España, Toscana, Estados del Papa y finalmente de la Moldavia y Valaquia, provincias situadas sobre las fronteras austriacas, como si éstas fuesen



AGUSTINA ZARAGOZA

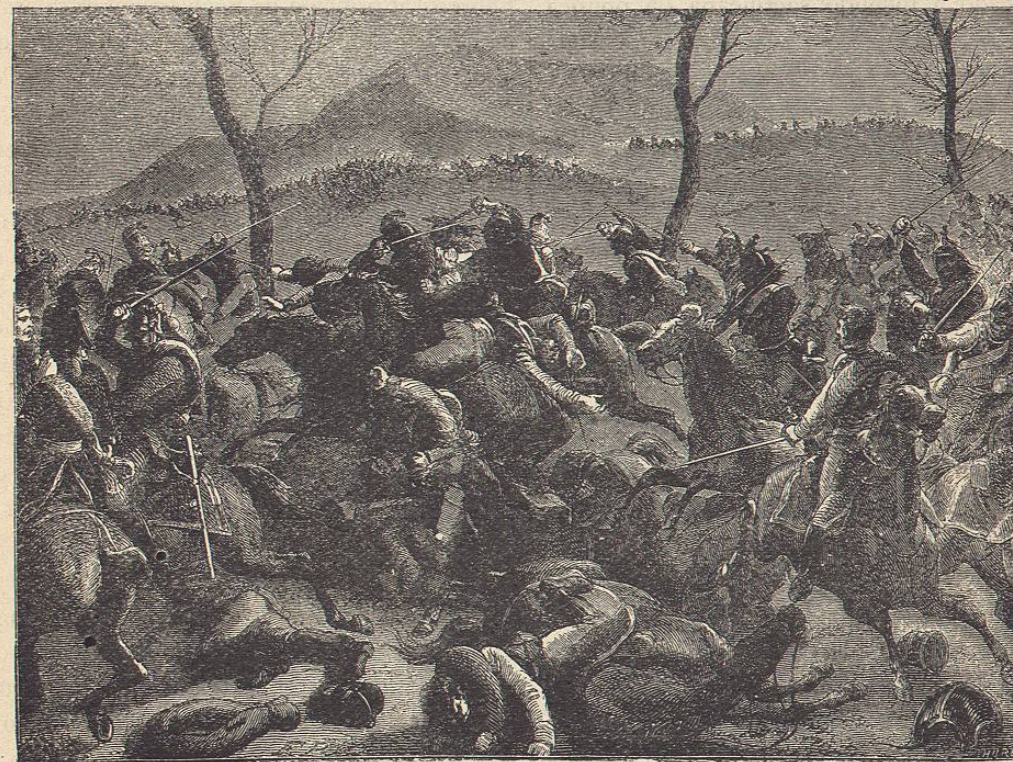
cuestiones que no la interesasen, como si Austria hubiese sido extranjera en Europa, ¡como si semejantes enormidades no comprometieran en nada, ni su seguridad, ni sus intereses, ni su honor! A las invasiones que le precedían tan claramente la suerte que le estaba reservada temprano ó tarde á ella misma se habían agregado intolerables ofensas. No sólo se la había tenido alejada de Erfurt, sino que se había contestado á una instancia cortés con insolentes amonestaciones. Finalmente, cuando, para ponerse al abrigo de tantas injurias, había principiado sus armamentos, se la había casi intimado la orden de pararlos; se la había pedido que sancionara con su aprobación todas las infamias que habían indignado á Europa reconociendo al rey José. Y hoy, después de haberla impulsado al extremo,

después de haberle puesto la espada en la mano por tantas afrentas sucesivas, se la acusaba de querer la guerra. Se añadía la ironía á la mala fe achacándola que turbaba la paz del mundo. Se le prometía, empero, su gracia plena y entera á condición de que consintiera en licenciar sus tropas. Si el emperador Francisco se resignaba á sufrir estas últimas humillaciones, valía tanto como firmar desde entonces su propia abdicación.

Era necesario contar mucho con la ignorancia y la credulidad para esperar acreditar la opinión que, según una expresión de Napoleon, la actitud actual de Austria hacia Francia era *la del lobo con el cordero*, pero bajo este aspecto él lo creía todo posible, y se debe confesar que estaba autorizado para el prodigioso éxito de su charlatanismo. Resolvió en

consecuencia guardar en lo sucesivo hacia esta potencia una gran reserva aparente bien que empujando con actividad sus preparativos de guerra y sus ardides diplomáticos. Para hacer á la corte de Viena responsable ante Europa de la ruptura que el mismo había provocado, imaginó una gran demostración colectiva de Francia y de Rusia, por la cual estas dos potencias ofrecerían á Austria garantizar su integridad, si quería consentir el desarme. Esta garantía de integridad era una fórmula muy mal es-

cogida para tranquilizar la corte de Viena, porque nadie ignoraba cuanto la había Napoleon prodigado á Turquía y cuan poco había aprovechado á los turcos; pero después de un ofrecimiento tan solemne hecho á Europa no se podría dudar ya más de su ardiente deseo de conservar la paz. Y si Austria intimada retrocedía á consecuencia de este doble paso, si contra todo lo que era de esperar se sometía para evitar la guerra, Napoleon se decía que después de todo habría siempre tiempo para hacer



Batalla de Eckmühl

esta derrota diplomática casi tan decisiva como un desastre militar.

Romanzoff, el embajador de Alejandro y el defensor de la alianza francesa, sistema del cual se consideraba como inventor, no había abandonado aún á París cuando el regreso del emperador. Napoleon le vió, y procuró desde luego cautivarle; le llenó de atenciones, de presentes, de agasajos; y se esforzó sobre todo en penetrarle de sus ideas políticas antes de que regresara á Petersburg. Alejandro había tenido hasta aquí todas las ventajas de la alianza, el tiempo había llegado ahora de pagar el precio y de mostrar su reconocimiento. ¿Ibase á pedirle sacrificios muy penosos? No, lo que se quería era ante todo una demostración enérgica. Hecha un poco antes esta demostración habría bastado para alejar

á la corte de Viena de toda idea de hacer la guerra. Hoy aún se podía desviar, si se sabía hablarle un lenguaje que no dejase ningún lugar al equívoco, porque un gabinete tan conocido por sus tradiciones de prudencia no se habría jamás determinado á luchar contra los ejércitos reunidos de Francia y Rusia. Era necesario, pues, apoyar las palabras por un despliegue imponente de fuerzas militares, y si Austria rehusaba ceder, sería aplastada por la simple aproximación de los dos colosos.

Nada más evidente que estas proposiciones, y era difícil contestarlas abiertamente. No se podían negar ni las promesas ni su eficacia, y no se ponían sino muy débiles argumentos para eludir la ejecución. En cambio, las objeciones que no se podían decir eran tan fuertes como numerosas. Alejandro